



de Velázquez, entrevistando a su muñeca de cera.

ALFONSO

Mujeres de obsesión

CAROLYN RICHMOND

"Realmente he sido un obsesionado por la mujer", reflexiona un maduro Gómez de la Serna en el capítulo 61 de su *Automoribundia* (1948), "y he sabido que el amor conseguido dignamente es una riqueza incommensurable, porque si no es por un amor así, ¿qué es una mujer sino sólo una cosa que interrumpe nuestra vida?". Esta idea tan elevada del *digno* amor está ausente, sin embargo, en su obra narrativa de la preguerra, especialmente en las novelas de tema erótico, donde —eso sí— las relaciones amorosas entre ambos sexos son presentadas como *obsesiones* carnales, y los personajes femeninos, retratados a menudo como transitorias *cosas* u objetos en el camino de la vida de un inquieto protagonista masculino que se negará a cualquier unión sentimental permanente, ya que, según el autor, "todos los que no se atreven a dejar a la mujer cuando sale nefasta son unos cobardes... Hay que saber abandonar a la mujer y amar la muerte". En la novela erótica de Ramón se insistirá siempre sobre la enorme distancia que hay entre hembra y varón, pues, como dice al final del susodicho capítulo de su autobiografía: "Las mujeres —no la mujer— voy sospechando que son de otra especie que el hombre, como el león no tiene nada que ver con el avestruz".

Relación amorosa

De las mujeres en la vida de Ramón se sabe relativamente poco: que de joven había tenido una larga relación amorosa con la escritora Carmen de Burgos, 10 años mayor que él (alguna información interesante a propósito nos proporcionan las memorias póstumas de Cansinos-Assens), y que su absorbente comportamiento hacia Luisa Sofovich, entrañable compañera de las últimas tres décadas de su vida, fue el resultado de unos obsesivos —e infundados— celos (acerca de este matrimonio, la entrevista de F. R. Lafuente

te con José Ignacio Ramos en el número de febrero pasado de *Ínsula* trae datos sumamente reveladores). En cuanto a otros enlaces o experiencias pasajeras, nuestro memorialista se calla —no en vano había titulado el capítulo 61 de *Automoribundia* 'Ideas secretas sobre las mujeres'—, aunque sí hace alarde ahí de no haber pasado una noche durante 40 años sin que descansase su mano "sobre el arco pomposo de la mujer"... Lo más probable —a juzgar sobre todo por la importancia de la presencia femenina en su abundante producción literaria de los años veinte— es que en sus "esporádicas y sueltas excursiones por su mundo" entrase en contacto con bastantes mujeres de las que, según él, "se adelantan o se intercalan en nuestro camino para que no nos casemos con otras peores". Y que éstas le sirvieran de inspiración para una obra narrativa dotada de una intensa y atrevida, a la vez que *secreta*, sensualidad.

Este erotismo, cuya influencia en la literatura de su época ha sido subrayada por la escritora Rosa Chacel, fue un elemento fundamental de aquella primera *ars poética* ramoniana titulada *El concepto de la nueva literatura* (1909), donde el joven escritor insiste sobre la importancia que ha de tener en ella la mujer, no la falsa de la literatura antigua, sino la mujer "con todos sus determinantes específicos y veraces". La nueva literatura, escribe ahí, "responde al concepto íntimo y funcional del ser. Todos sus imperativos son carnales, y todas sus cosas establecen una sensata y acuciadora correspondencia *orgánica* entre el mundo y el individuo". En los años siguientes, Gómez de la Serna trasladaría estos ideales a su propia obra narrativa.

Que la mujer cosificada —recuérdese la famosa muñeca de cera— llegue a ser tan objeto de la óptica ramoniana como lo serán las cosas personificadas ("Las cosas y *el ello*") habrá podido ofender a más de una lectora feminista empeñada en interpretar la literatura desde una estrecha perspectiva histórico-social; ahí está, sin ir

más lejos, la indignación de la escritora lesbiana Natalie Clifford Barney al leer un extracto en francés del libro *Senos* (1917) (véase mi estudio crítico de *La Quinta de Palmyra*). No hay que pedir, sin embargo, que un escritor sea distinto de lo que es; para Ramón, las mujeres eran “de otra especie que el hombre”, y así las presentaría en las novelas de su época de plenitud, subrayando siempre sus impulsos carnales. Lo importante, pues, no será su caracterización individual, sino más bien su papel como un *alter* hacia quien el personaje masculino se siente atraído, o a quien rechaza. Ramón las retrata mediante unos cuantos detalles eróticos. Por ejemplo, las mujeres asesinadas por el donjuanesco protagonista en *El chalet de las Rosas* (1923) son tipos que se diferencian sobre todo en lo físico: lo que le fascina en la primera, “la de las *nalguitas redondas*”, son éstas y sus muslos; en la segunda le encantan sus incomparables senos, celebrados en detalle; la tercera es una mujer “de culo ceñido y piernas fuertes y sobradas pantorrillas”. Aunque la gama de tonalidades con que están pintados los personajes femeninos varía —de lo sórdido (*El secreto del Acueducto*, por ejemplo) a lo más bien lírico (*La Quinta de Palmyra* o *La mujer de ámbar*), y de lo humorístico a lo trágico—, no por eso deja de insistir reiteradamente el autor sobre su aspecto sexual.

Correspondencia orgánica

En el caso de las más logradas mujeres ficticias imaginadas por Gómez de la Serna se da entre ellas y su mundo aquella correspondencia *orgánica* que el novel escritor había recetado allá en 1909. Piénsese, por ejemplo, en la que existe en las últimas dos novelas citadas: la estrecha relación entre la bella portuguesa Palmyra y su Quinta, o la de la joven napolitana Lucía, que encarna —literalmente— el alma de su ciudad. En ambas obras se crea una íntima y misteriosa vinculación sensual del personaje femenino con el ambiente en que vive, por contraste con los personajes masculinos, transeúntes todos a través de aquella permanencia a que la mujer está asociada. La vivienda de Palmyra, abrazada por la naturaleza que la rodea, es evocada a través de repetidas imágenes que subrayan lo encerrado, mientras que fuera de ella se yerguen, extraños, los árboles mirones (aquí, como en tantas narraciones ramonianas, el intrincado juego entre lo convexo y lo cóncavo refuerza la sugestión sexual). En cuanto a Lucía, el español Lorenzo descubre en ella todo el pasado y presente de aquella ciudad adonde había huido en busca de refugio (en esta novela se armoniza de modo cabal la obsesión del protagonista por una mujer con aquella que siente por un lugar). En uno y otro caso —como en otros textos del autor— es imposible un verdadero y perdurable amor entre hembra y varón a causa de las muchas y profundas diferencias que entre los sexos se dan.

“Hay que saber abandonar a la que había escrito Ramón, “y amar la que vive”. Repetidas veces, en su obra narrada, se da de la mano el amor y ésta, su otra obsesión. Y ello quizá (desde un punto de vista freudiano), por lo que hay de tras de aquella tan intensa —y efímera— afirmación de la *vida* que es el acto de amar. Pero Gómez de la Serna no nos da en cambio, a través de su mirada y de su lenguaje, a los demás sentidos, así como no da la transformación poética cumplida que la greguería, nos sugiere todo lo que hay de erótico y pecaminoso (palabras que en la relación entre hombre y mujer, haciendo de nosotros, sus lectores, nos hacen a veces en los inquietantes secretos incluidos en sus obras. Así pues, se nos ofrece recrear con la imaginación, a base de lo escrito, todavía otra *novela* —la que está en la *trama*—, muchísimo más *secreta* que aparece en el texto propiamente dicho. Escudriñar éste con ojos inquisitivo nos niéndonos donde nos apetezca y volver a lo que más nos atraiga y estimo acariciarlo lenta, voluptuosamente, a lo que más nos atraiga y estimo cipamos en todo lo que ahí se dice a lo que más nos atraiga y estimo del sumo acto de identificación que constituye, en el fondo, la lectura de Ramón Gómez de la Serna.